

JAVIER
PÉREZ CAMPOS

LOS GUARDIANES

Nos ayudan. Nos advierten.

Nos protegen.

A misty, mountainous landscape with a person standing on a rock peak. The scene is bathed in a soft, golden light, suggesting a sunrise or sunset. The person is silhouetted against the bright background, standing on a large, dark rock formation. The surrounding area is filled with dense evergreen trees, and the ground is covered in a thick layer of mist or low clouds. The overall mood is serene and majestic.

 Planeta

JAVIER PÉREZ CAMPOS

LOS GUARDIANES

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Javier Pérez Campos, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Autor representado por Silvia Bastos, S. L., Agencia Literaria

Iconografía: Grupo Planeta

Ilustraciones del interior: © Diego Carrillo, © Pit Stock – Shutterstock, © Album, © Mirrorpix / Getty Images, © Antonio Heredia / El Mundo, © Leonardo Cendamo / Hulton Archive / Getty Images, © Bettmann / Getty Images, © Archivo de autor, © Museo del Prado – Album, © Archivo General de Andalucía, colección Bonsor, fot. 395, © Patricio Crooker, © Marcelo Perez Del Carpio / Anadolu Agency / Getty Images, © danilovieira1 – Shutterstock, © Carlos Álvarez / Contour / Getty Images, © Danilo Donadoni / Age, © Frederick M. Brown / Getty Images, © AP, © Cortesía de Israel J. Espino, © Borja González, © Don Arnold / WireImage / Getty Images, © Ediciones El País S. L., 1993 para la portada de El País, © Cortesía de Jordi Serqueda, © iconvectorstock – Shutterstock, © Tomás Hijo

Diseño del interior y mapas: Diego Carrillo
Diseño de exlibris: Tomás Hijo

Primera edición: septiembre de 2019
Depósito legal: B. 17.218-2019
ISBN: 978-84-08-21475-5
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión: Unigraf
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

ÍNDICE

Introducción (Tú), 13

PRIMERA PARTE:

CENTINELAS 21

- Capítulo 1. En el corazón de la tragedia, 23
Capítulo 2. Una antigua verdad, 31
Capítulo 3. Una sombra agazapada, 37
Capítulo 4. La dama de la Costa da Morte, 43
Capítulo 5. Rescates sobrenaturales, 49
Capítulo 6. Fantasmas de la aviación, 59
La presencia (I), 69

SEGUNDA PARTE:

GENIUS LOCI 73

- Capítulo 7. Revelaciones montañosas, 75
Capítulo 8. Genios de sepultura, 87
Capítulo 9. Almita Desconocida, 99

Capítulo 10.	El Genio de los Andes,	109
Capítulo 11.	Adoratorios de altura,	119
Capítulo 12.	El aviso de un difunto,	133
	<i>La presencia (II),</i>	147

TERCERA PARTE:

ANIMA MUNDI 155

Capítulo 13.	Una poderosa fuerza,	157
Capítulo 14.	La monja de Tucson,	165
Capítulo 15.	La Dama de Negro,	171
Capítulo 16.	Ángeles de hospital,	181
Capítulo 17.	La carretera de la muerte,	195
Capítulo 18.	Gente antigua,	207
	<i>La presencia (III),</i>	226

CUARTA PARTE:

ATMAN 233

Capítulo 19.	Sueños y profecías,	235
Capítulo 20.	El ángel mendigo,	245
Capítulo 21.	La soledad del espacio,	253
Capítulo 22.	Ron DiFrancesco,	263

Agradecimientos, 273

Contacto, 277

CAPÍTULO 1

En el corazón
de la tragedia



NUEVA YORK
(Estados Unidos)



MILES DE ROSTROS ME OBSERVAN DESDE LA DISTANCIA. Niños, mujeres, hombres, ancianos... Gente de todo tipo. Algunos sonrientes, otros con gesto firme y otros impasibles.

Sus miradas se clavan en la mía desde más allá del tiempo. Siento una gran presión en el pecho. Una potente congoja que me acompaña desde hace media hora.

Las imágenes me acompañan allá donde mire. Más de tres mil fotos que empapan los muros de una fría sala desde el suelo hasta el techo. Fotos en color, en sepia, en blanco y negro. Primeros planos, planos medios, figuras completas. Algunas parecen actuales y otras el nostálgico recuerdo de una juventud pasada. Lo que más impresiona de esos semblantes es saber que no habrá un mañana para ellos. Su línea temporal se detuvo hace años y estas imágenes son el último recuerdo. Son fantasmas.

Me fijo en las sonrisas. Un gesto que me sobrecoge especialmente en un lugar así. Y pienso en el momento en que se tomaron aquellas instantáneas. Ninguno de ellos imaginaba entonces cuál sería su trágico destino.

Scott J. O'Brien había vivido en Brooklyn durante trece años. Trabajaba como proveedor de servidores de internet para distintas compañías, y un día de septiembre de 2001 tuvo que acudir a una conferencia mundial de Windows. En ese momento nadie lo sabía, pero aquel no fue un día cualquiera. Era 11 de septiembre. El lugar de la reunión tampoco

era un lugar cualquiera. Era el World Trade Center. Dos coordenadas que resultaron fatales para cientos de familias.

Cuando Kelly Hayes, su mujer, regresó a casa a mediodía, había un mensaje en el buzón de voz. «Te quiero. Ha habido un accidente. Estamos esperando ayuda. Te quiero y estaré allí pronto.»¹¹ Fueron las últimas palabras de Scott.

Lo mismo ocurrió con Moisés Rivas, joven chef del restaurante Windows on the World, situado en los dos últimos pisos de la Torre Norte. Poco después de la explosión, llamó a su familia y se despidió de ella.¹²

En ese mismo momento, Sean Hughes se encontraba en San Francisco y no pudo responder a la llamada de su esposa, que también dejó un mensaje en el contestador: «Sean, soy yo. Solo quería avisarte de que estoy atrapada en este edificio de Nueva York. Hay mucho humo. Quiero que sepas que siempre te voy a querer».¹³

La mayoría de las llamadas y los mensajes de despedida recibidos durante aquella jornada fueron muestras de amor. Pero una de las palabras que más se repitió en las crónicas fue *destino*. Muchos habían entrado en la boca del lobo de forma aleatoria. Una visita a la azotea, una reunión programada, un desayuno en el restaurante... Sus historias se recogen aquí, en el Museo Nacional del 11-S de Nueva York.

El espacio está situado en pleno corazón del distrito financiero, donde se erigía el World Trade Center, y custodia más de diez mil objetos. Nada más entrar, a 21 metros bajo tierra, una enorme viga de hierro, como un coloso industrial, marca el inicio de este homenaje a las víctimas.

Fue ahí donde empezó mi malestar. Durante la ruta me había impresionado una escalera de hormigón que sirvió de vía de escape para cientos de supervivientes. También los objetos personales de quienes dejaron allí sus vidas. Tarjetas de crédito chamuscadas, una nota

11 «A final message of love», *The New York Times*, 6 de octubre de 2011.

12 Fredricka Whitfield, «Three families share stories of last communications from loved ones on 9-11», *CNN*, 8 de septiembre de 2002.

13 Maria Hinojosa, «On September 11, final words of love», *CNN*, 10 de septiembre de 2002.

pidiendo ayuda con una marca de sangre, enormes vigas de hierro partidas de forma imposible, los motores destrozados de los ascensores...

Esta dramática ruta afectaría a cualquiera. Pero la sala de las fotos es la que me sobrecoge por encima de todo. Esas imágenes son la evidencia más plena del vacío. Del dramatismo. De la fatalidad. Caras de júbilo, miradas soñadoras, sonrisas cabales. Poses como las que vería cualquiera de nosotros si en este momento extrajéramos el DNI de nuestra cartera.

A veces el horror llama a la puerta.



La *escalera de los supervivientes* fue una de las últimas rutas de escape que pudieron atravesar cientos de personas.

Durante aquella jornada hubo también sitio para los milagros. William Rodríguez trabajaba como conserje en la Torre Norte. Siempre acudía puntual a las ocho de la mañana. Pero aquella jornada, sin saber muy bien por qué, se retrasó. Y aquel descuido sin importancia le salvó la vi-

da.¹⁴ No solo eso, sino que William aprovechó que tenía una llave maestra para poner a salvo a toda la gente que encontraba a su paso, abriendo accesos traseros y escaleras de servicio. Después, interpretó aquel prodigio como una oportunidad para seguir ayudando. Según declaró, «Dios tenía una misión más alta para mí».¹⁵ Pasado un tiempo, terminó convirtiéndose en miembro de la organización Re-Open 911 y recaudando ciento veintidós millones de dólares para inmigrantes, pobres, familias sin seguro médico y desempleados afectados por el atentado.

La historia de Pasquale Buzzelli es también digna de novela. El 11 de septiembre de 2001 se encontraba en el piso 64 cuando notó la enorme explosión que sacudió el edificio. Al principio pensó que aquel incidente no tenía importancia, pero cuando quiso darse cuenta ya era demasiado tarde. Pudo descender hasta el piso 22, y allí quedó atrapado por las llamas.¹⁶ Una explosión le hizo cubrirse el cuerpo en el rellano de la escalera. Aguardaba su muerte en posición fetal cuando se produjo el colapso del edificio. Entonces, la pared en la que apoyaba su espalda desapareció y Pasquale cayó al vacío. Y se desmayó.

Cuando abrió los ojos, se encontraba envuelto en escombros en el piso 7, donde los bomberos estaban terminando de rescatar a los últimos supervivientes. Salió prácticamente ileso ante la incredulidad de muchos, que creían que sobrevivir a una caída de quince pisos era completamente imposible.¹⁷

Larry Hulslander relató también su particular experiencia, extensible a la de muchos otros.¹⁸ Había llegado a Nueva York el día anterior y tenía

14 «Twin Towers hero to make city visit», *Birmingham Mail*, 1 de febrero de 2007.

15 María Ramírez y Pablo Pardo, «El Robin Hood del 11-S», *El Mundo*, 11 de septiembre de 2005.

16 Hollie McKay, «New special on man who said he survived 9/11 attacks on Twin Towers by surfing debris for 22 floors», *Fox News*, 10 de septiembre de 2012.

17 Claudia Joseph, «“The birth of my daughter allowed me to lose my feelings of guilt”: Man who survived 9/11 by “surfing” collapsing tower reveals how his children have helped him rebuild his life», *Mail One*, 5 de septiembre de 2012.

18 <https://thirdmanfactor.igloocommunities.com/forums/thirmanexpersonalex/911>.

reservada una visita al World Trade Center a las 9.45 del 11 de septiembre. Pero aquella mañana se despertó tarde. Sufría el dolor de cabeza más agudo que había sentido en su vida y, después de tomar una aspirina, tuvo la sensación de que alguien le empujaba hasta la cama. Pensó que serían los efectos de la cefalea y decidió quedarse unos minutos más. Cuando despertó, habían pasado varias horas. Al encender la tele, mientras se vestía, vio en directo las imágenes que marcaron el inicio del siglo XXI. Las torres ardían en medio de un humo que vagaba incontrolable por el distrito financiero. «Aquella sensación de presión hacia la cama fue la que me permitió escribir esto hoy.»

Hay muchas historias de personas que evitaron que su foto estuviera en esta sala. Pero hay una que siempre ha llamado mi atención: la del último hombre que salió vivo de la Torre Sur, que había manifestado que fue gracias a un insólito acompañante. Según las informaciones de aquellos días, mientras descendía desde el piso 84 fue guiado por una presencia que le indicó la ruta exacta por la que podría escapar. Aquella voz firme fue lanzando mensajes, uno tras otro, que el superviviente obedecía sin rechistar. «Atraviesa la columna de fuego.» «Sube otro piso.» «No mires abajo.» A veces, las propuestas no parecían favorables y, desde luego, no serían las decisiones que uno tomaría por sí mismo. Pero siempre eran acertadas.¹⁹

Ron DiFrancesco acabó llegando con vida a la salida poco antes de que la torre terminara de desplomarse a sus espaldas.

En la fría sala, rodeado por los miles de fotografías, el recuerdo de esta historia me parece aún más impresionante. He leído sobre ella en libros y artículos. Y reconozco que al principio pensé que se trataba de una leyenda urbana. Una historia inventada por algún periódico para recibir visitas en los albores de la era de la posverdad.

¿Qué clase de encuentro tuvo el testigo? ¿Por qué nunca antes ni después había sucedido algo así? Y, sobre todo..., ¿por qué le ocurrió a él y a nadie más?

19 Andy J. Semotiuk, «The last known survivor of the South Tower of the 9/11 World Trade Center Attack», *Forbes*, 12 de septiembre de 2016.

Me prometo indagar sobre el tema, y desde ese mismo momento localizar a Ron DiFrancesco se convierte en una de mis mayores prioridades. Necesito hablar con él para conocer su experiencia a fondo.